

HOMILÍA

Domingo XXXI del tiempo ordinario. Ciclo C

Lc 19, 1-10

a. Contexto

A partir del Concilio Vaticano II se consolida en la Iglesia la renovación de los estudios bíblicos, iniciada en tiempos de León XIII, nada menos, amigos, ese Papa que tenemos ligado a la cuestión social, con la *Rerum Novarum*.

Pues sí, señor, él fue quien dio el primer impulso moderno a la revisión de los estudios sobre Sagrada Escritura en la Iglesia: ya os hablé el otro día de la encíclica *Providentissimus Deus*, acerca del tema.

Más tarde llegó otro documento clave en esta cuestión, más centrado en los estudios bíblicos, seguramente: la encíclica de Pío XII llamada *Divino afflante Spiritu*, del año 1943, a los 50 años de la encíclica anterior.

El avance en los estudios técnicos, arqueológicos e históricos impulsó a Pío XII a animar a quienes no se atrevían a acercarse a la Biblia escrita con los instrumentos de la modernidad científica.

En esa línea, el Vaticano II recuerda que la revelación de Dios no es una suma fría de verdades, sino la auto manifestación de Dios, de su misterio, que culmina en Jesucristo.

Hace tiempo hablé de interpretaciones literalistas, fundamentalistas, integristas de la Biblia. Frente a esto el magisterio de la Iglesia abre cauces para que los estudiosos profundicen y nos ayuden a todos a vivir nuestra fe.

Se trata de enraizar la vida cristiana en el verdadero sentido de la Palabra de Dios, y también en la Tradición de la Iglesia. El misterio de la Encarnación es la base donde se unen lo divino y lo humano.

De esto se deduce la importancia de los estudios histórico-críticos sobre la Biblia en la Iglesia. De acuerdo con estas ideas, sabidas, pero, a lo mejor no suficientemente fundadas en el interior, quiero acompañarte hoy.

Y lo hago a través de la oración sobre el precioso pasaje de Zaqueo, hermana, hermano en a fe cristiana. ¿Nos paramos un poco en los detalles del texto lucano?

Fíjate lo enorme que es ese árbol llamado sicomoro. Crece bien en la llanura palestina, sobre todo junto al mar, o un río (el Jordán). Sus raíces, muy resistentes (cf. Lc 17,6), hacen que produzca madera buena y sus frutos se asemejan a higos pequeños. Frente a esas ramas a donde se sube, seguro que resulta casi ridículo el personaje que atrae nuestra atención hoy, Zaqueo. (¡Éste está bueno...!, o sea, que se dedica a extorsionar a la gente, así, sin más...)

Pues bien ¿qué va a hacer Jesús ante él? ¡Nada menos que se auto invita a comer! Tal vez esto extraña a la gente, ¿no conoce Jesús el talante, la trayectoria de aquellos con quienes se encuentra...?

Al final, Zaqueo resulta convertido. Como observa alguien de hoy día, la visita merece la pena. La descripción del cuadro, cosa que no suelo hacer en estas reflexiones, viene bien para ir al fondo de la cuestión.

Estamos al final del viaje de Jesús de Galilea a Jerusalén, en un relato unido al de la curación del ciego de Jericó (cf. Lc 18, 35-43), ambos procedentes de la fuente propia del evangelio de Lucas.

Se inserta el hecho en la llamada narración sinóptica del viaje, o sea, desde Lc 18, 15, hasta Lc 19, 27, porque tiene de base el texto de Marcos, aunque haya en ella literatura propia del redactor lucano.

b. Texto

Al final del viaje a Jerusalén, el pasaje se presenta como testimonio de Jesús que trae la salvación. Igual que la parábola de las diez onzas (cf. Lc 19, 11-27), en que la obra salvadora de Jesús se extiende hasta el final.

Zaqueo viene descrito como uno que se ha hecho rico de forma dudosa, y la ciudad de Jericó, lugar de confluencia de otras rutas comerciales, favorece los tejemanejes de este hombre, sin duda.

En el fondo subyace un tema querido para el autor del evangelio: la necesidad de conversión, sus exigencias vitales, consecuencia del cambio de ser que origina el contacto con el Señor, Dios con los hombres.

Es obligado que el cambio de conducta, señal de conversión se concrete en compromiso: Zaqueo reparte entre los necesitados una parte de sus bienes, más de lo que la ley judía exige devolver (cf. Nm 5, 6-7).

El clima de libertad en que desarrolla el encuentro lo promueve Jesús, más allá de las murmuraciones de los bien pensantes, ¿ves, hermano? Tal como pasa a menudo...

Está claro que la libertad es el único espacio de salvación, en el plan de Dios. ¡Ojalá nos enteremos cuanto antes del tema! Hay algo que atrae en este personaje más allá de sus golferías más o menos financieras, ¿verdad? Tal vez sea su generosidad, su espontaneidad, la buena madera de hijo de Abrahán, algo así como lo mejor que conserva el judaísmo del tiempo de Jesús.

Estaba preparado a reconocer la salvación de Dios. Una tal disposición no se encontraba en muchos judíos observantes del momento, ¿a que no, a que te lo hueles con tu olfato evangélico?: pues, eso, así es.

c. Para la vida

¿Qué más quieres?, dime. Yo te invitaría a dirigir tu mirada y tu oración de hoy hacia el origen de todo, o sea, al hecho extraordinario de la presencia salvadora de Dios por Jesús, que es quien tiene la iniciativa.

¿Por qué será que no me canso de empezar siempre por aquí, por la alegría grande de descubrir la acción, el regalo gratuito de Dios? ¿Será que no acabo de madurar...? ¿Será que donde los demás ponen sesudamente la mano, el dedo en la llaga sobre la necesidad de convertirse, de esforzarse por mejorar-lo cual es necesario y bueno-, yo me empeño en saltar de gozo?

A lo mejor no acabo de centrarme en lo que importa... Sí tengo claro es que no me gustaría oír a nadie que me dijera: “hombre, es que hay que cambiar, lo importante es aterrizar en el cambio de conducta también”.

Pues no me alegraría oír eso de nuevo, porque resulta que es lo único que he oído siempre, siempre ¿sabes, amigo? Mientras, ¡qué poquitas veces me han recordado la alegría de sentirse nuevo por dentro...! ¡Qué poquitas veces me han hablado de saber que ese cambio, la conversión del amigo Zaqueo y otra cualquiera se debe no al esfuerzo, ni a la simpatía, ni al buen talante, sino al don de Dios, ¿estamos?!

Ya me entiendes, ya me explico, ¿o no? Creo que sí. Acompáñame a dar gracias a Dios por su Hijo, que me invita a ser mejor, y me ayuda con su gracia, invitándose a estar conmigo como con Zaqueo...

Con su GRACIA, con mayúsculas...

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderojasr@yahoo.es